

»¡Parecíame que la carta quemaba, y que sus palabras dabanme de latigazos y de golpes, que me atraían con sus halagos y me prodigaban caricias, mēdigaban nuestro mutuo amor, clamaban felicidad!

»Unas veces me abismo en ésto, otras surgen de mis recuerdos aquellas cartas de amor, ardientes, apasionadas, que tengo pegadas á mis ojos, como de estar escritas con llamas. Repito las palabras, me ensayo en traducirlas á mi propio lenguaje, y atentamente escucho á mi lacerado corazón, por creer que en realidad se lamenta. Y mientras así yo me escucho percibo el rumor de una voz lejana que llega hasta aquí hipnotizándome. Dícame, con palabras agudas como puñales, que estoy llena de preocupaciones y soy cobarde, puesto que no me arriesgo en alcanzar la felicidad que él me ofrece. Dejóle murmurar á mis oídos palabras seductoras y convincentes, que me diga que á nadie hacemos infeliz, porque nosotros somos dichosos, y no podrán presentirse nuestros amores, á lo menos por ella, su esposa. Tiemblo de ansiedad si me pide donde estoy... ¡él pedírmelo á mí! Y cuando habla de la vida, tan corta y tan insegura...

»¡Si pudiera arrancarme esta pasión, que al encontrarme sola con mi pensamiento llena todo mi sér! Es lo que él me decía: «Tu debes pertenecerme; á mí solo...» y las demás ideas y sentimientos huyeron de mi cerebro y mi corazón para dejar sitio á las ideas y pensamientos suyos... ¡Nunca como hoy había suspirado tan ardientemente por él!

»¡Por qué he venido aquí! ¿He sido feliz al respirar, por poco tiempo, el mismo aire que él respira, imaginarme que la campana del hotel es la de su casa... los pasos que oigo en la escalera son los suyos...? ¡Pero por qué he venido!

«Parto otra vez con el tren de la noche. Vuélvome hacia mi patria y ésta será la última estación en la cual me detengó. Después, en mi casa me tocará un inacabable vivir... sola. ¡Ah, no es corta la vida en una tan joven como yo!

«No aguanto por más tiempo en este cuarto húmedo del hotel. El porque lo hago no sé. A nadie debo esperar aquí. Salgo. No he de temer encontrarle. Me parece casi increíble que pueda toparme con él...»

\* \* \*

#### *Algunas horas más tarde.*

«Paseé por el estrecho y anguloso sendero de la montaña, traspuse el río y seguí costeándolo bajo aquella hermosa tupidez de los árboles. Desde lejos distinguí el antiguo castillo. Al primero que me encuentro preguntóme sobre el mismo, y me da noticias de á quien perteneciera y de quien lo habita. Es un orgullo para la localidad tener el político afamado veraneando entre ellos, en aquel histórico castillo, en el cual nació.

»Dijome que estaba el portal cubierto de rosas escogidas y el propio castillo como encamado en un lecho de verdor. Y es verdad.

»Desde allí, de lo alto, he mirado adentro por la ventana que según se me ha indicado; vá á su gabinete de estudio. He visto en el

jardín á una pareja de niños jugando... sus hijos. Las esperanzas, locas y dolorosas, de que apareciese, me estremecían, y hui sin saber hacia donde, llena de ansiedad, por si salía él.

»¡Un año ha transcurrido desde que le ví por vez última, y dos que nos conocemos. Bien me recuerda todavía la sensación que causó en nuestro hotel al divulgarse que aquel hombre tan alabado debía venir por allá. Me molestó que se le hicieran tantos cumplidos... y hasta yo me dejé caer en su círculo mágico. Supo imaginarse con que dejarnos á nosotros del todo encantados! A mi padre lo propio que á mí. Me lisonjeaba en extremo que él se dignase pasarse largos ratos á mi lado y conversara conmigo. Hablaba de cosas políticas. Y hablaba también de su mujer y de sus hijos.

»¡Cuán dichosa al recibir en año nuevo su primera carta y pidiéndome costestación! ¡Y aquí del orgullo mio con aquella serie de cartas! Escribíame sobre todo, de lo que realmente se puede escribir, pero de amor ni una palabra. Por entonces no nos amábamos. Yo ni por pienso. Pero al darme cuenta de que yo le quería, cesé de escribirle.

»Y ahora, de pocos meses, recibí la suya.

»¡Oh, qué carta!

»Estoy en el cuartito del hotel y escribo para matar el tiempo. Ante mí, sobre la mesa, hay un puñado de tierra que, del cercado de su parque, he podido coger; tierra que han pisado sus pies. Es lo único que me llevo de aquí.

»Dentro de una hora parto.

»¡Me extraña que nada haya ocurrido, nada ocurra, ni ocurrirá! Toda esta tarde me ha alimentado la esperanza que probablemente él presentaría que yo estaba aquí, que vendría sin llamarlo, sin ruego mio, por una casualidad, sin preparación alguna.

»Le esperaba cuando seguía costeando el camino calcáreo, cuando me encontré delante la alambreira de su finca y ví á sus hijos jugando... esperaba que por un momento lograría verle, sólo por un momento. Siéntome á tal extremo cobarde y sin esperanza, que me considero más desgraciada que no era...

»¡Nó, no puedo partir si no le he visto primero! ¡Hasta mañana no me voy! Me llegaré á su torre ó le mando á buscar para que venga aquí. Bien ó mal hecho que me importa. Suceda lo que suceda, me es igual. Me quedo ....

\* \* \*

»Hay en mi cuarto un balcón que da á un peñasco calcáreo. Es un peñasco muy elevado, casi una montaña. Puéblalo un jardín, y se ve cruzado de cortos paseos y sendas. Arriba está la vieja ciudadela, por cuyas ventanas parpadea la luz. Brilla la luna, y derrámase su blanca claridad, vigorosa é intensa, por las peñas; una claridad que se cuele por todas partes y no retrocede ante los obstáculos; claridad que con la propia luz del día se confunde. De los rayos de luna, los más hermosos; más bellos, que los melancólicos sonados, que los románticos y poéticos, entre vistos, que los dolorosamente sentidos, que